

# LA ATALAYA

DIARIO DE LA MANANA

AÑO VIII. NÚM. 2.568

SANTANDER. LUNES 19 DE MARZO DE 1900

TELÉFONO NÚM. 139

## A SU PATRONO SAN JOSE

### LA ASOCIACION CATOLICA Y CIRCULO DE OBREROS

#### San José obrero

##### La gloria del trabajo

Por el pecado original fué condenado el hombre á trabajar, á comer el pan con el sudor de su rostro. La naturaleza daba antes de balde, como espléndido tributo al Rey de la creación, cuanto este había menester; hoy sólo le dá lo necesario á costa de sudores y penalidades y sacrificios.

Mas Cristo Dios, que rehabilitó al hombre caído, rehabilitó también al trabajo del hombre, haciéndolo que se convirtiese en gloria y en bienestar y en alegría eso mismo que se le impusiera como dura expiación y castigo.

Y al tomar carne humana el Verbo de Dios, tomó la vida maravilla de la esposa de un pobre trabajador.

Y al nacer á la vida, y al crecer y desarrollarse en ella, quiso que el glorioso escenario de todas esas grandezas suyas fuese el humilde taller de un obrero.

Y al presentarse al mundo para predicar su ley, consintió que no le reconociese ni le tuviese en cuenta por más que por obscuro hijo de un obrero artesano.

Y con el trabajo de sus manos comió su pan, y en el trabajo de artesano empleó treinta años de los treinta y tres de su visible existencia sobre la tierra, glorificando con esto la condición del pueblo trabajador, las fatigas del trabajo, los ensayos y herramientas del mecánico oficio, todo eso que el mundo orgulloso no sabía antes sino despreciar y aborrecer.

Reconoce, pueblo obrero, dónde está tu verdadera dignidad y la gloria de tus humildes oficios. Desde entonces el sudor que corona tu frente causada es tan glorioso como la diadema de los reyes; la herramienta que empuñan tus manos respaldada con más lustre que la espada de los conquistadores; el honrado cantar con que acompañas

y endulzas tu fatigosa tarea, sube al cielo, tan grato á Dios como la salmodia del monje que día y noche le rinde místicas alabanzas.

Para El es música armoniosa el rumor de tus máquinas; y es aromoso incienso el humo de tus chimeneas; y son himnos y plegarias á su gloria dirigidos, los ecos del taller y de la granja.

Rozas enteros de Santos han ganado en esos humildes, pero gloriosos combates sus palmas y sus coronas: el Juez Divino desde entonces ha hecho sentar en magníficos troncos de luz inextinguible á cientos y á miles de bienhadados hijos del trabajo.

Y al lado de María Virgen comparte uno de los más encumbrados solios José, el pobre carpintero de Nazareth, el Príncipe de esa aristocracia popular, el arquetipo del obscuro trabajador enaltecido y glorificado.

Mirate ahí, pueblo honrado y laborioso; que ahí están los blasones de tu nobleza.

Contémplosos ahí, y aprende.

Aprende, sí, á trabajar, puestas las callosas manos en la máquina ó en la herramienta, y el espíritu en Dios; á trabajar para ganar el pan del cuerpo, sin olvidarte del pan del alma; á trabajar como corresponde al que es, aunque pobre hoy, heredero mañana de gloriosos destinos.

Así trabajó San José al lado de Jesús y de María. Este es el trabajo que no degrada, sino que ennoblece; el trabajo que no se mancha ni envilece con el polvo que levanta de la tierra, sino que se eleva y glorifica con anticipados reflejos de la gloria con que ha de ser coronado en el cielo.

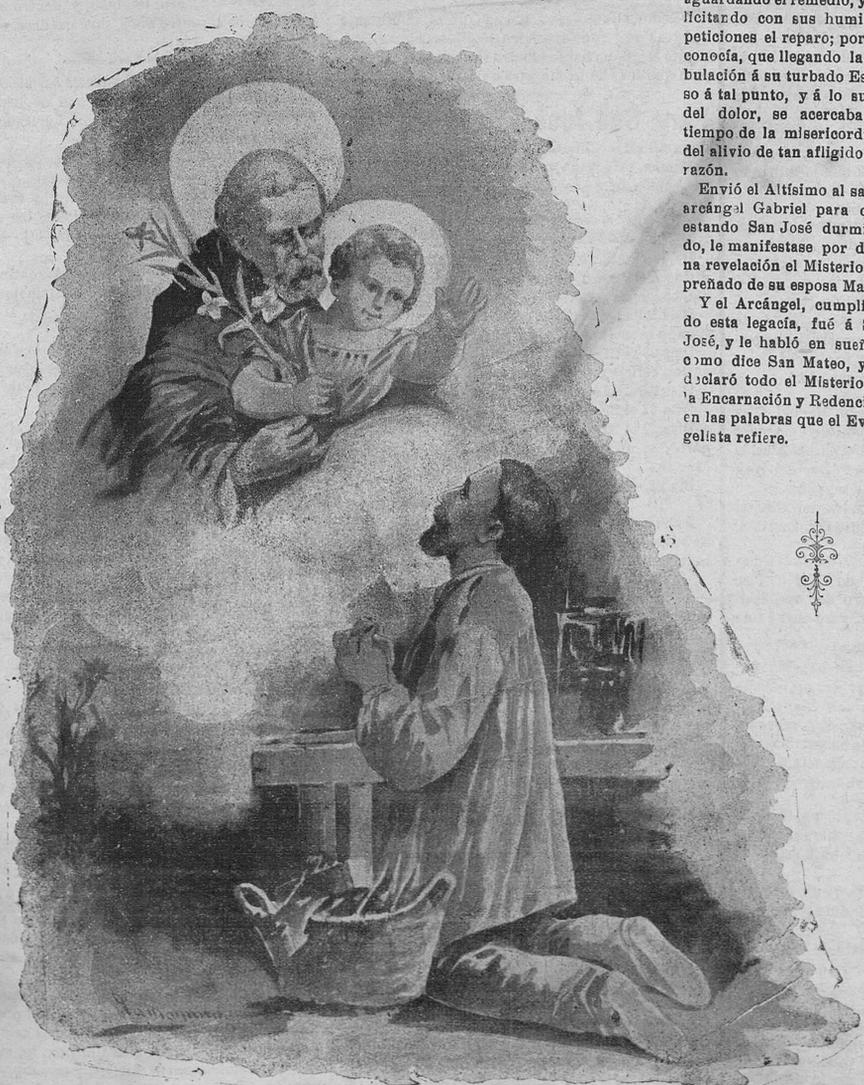
#### SUEÑO DE SAN JOSE

Con este dolor, dice la V. Agreda en la *Mística Ciudad de Dios*, que ya llegó á tristeza, se quedó un poco dormido San José, después de la oración, seguro que se despertaría á su tiempo, para salir de su casa á medianoche, sin que (á su parecer) fuese sentido de su esposa.

Estaba la Divina Señora aguardando el remedio, y solicitando con sus humildes peticiones el reparo; porque conocía, que llegando la tribulación á su turbado Esposo á tal punto, y á tal sumo del dolor, se acercaba el tiempo de la misericordia y del alivio de tan afligido corazón.

Envió el Altísimo al santo arcángel Gabriel para que, estando San José durmiendo, le manifestase por divina revelación el Misterio del preñado de su esposa María.

Y el Arcángel, cumpliendo esta legación, fué á San José, y le habló en sueños, como dice San Mateo, y le declaró todo el Misterio de la Encarnación y Redención, en las palabras que el Evangelista refiere.



#### ROMANCE

Visitad, trabajadores, el hogar de San José, del glorioso patriarca, carpintero en Nazareth.

Los ángeles del Empireo revuelan en torno de él, el trabajo le perfuma y le ilumina la fé.

Rayos de la luz divina por sus ventanas se ven; que Dios, por tornarse hombre, escogió al hogar aquel.

El amor en él impera con dulcísimo poder: él de vivienda tan pobre es cimiento y es sosten.

La voz del trabajo vibra tras de su endeble pared: ¡oidla, trabajadores, que Dios quien trabaja es!

El Increado, el Eterno, el que es el Amor y el Bien, no mora en áureo palacio, sino en mezuquino taller.

No sus vestidos cubiertos de pedrería veréis: será el polvo del trabajo lo que los cubra tal vez.

¿Cómo no enorgulleceros los que trabajáis sabéis, si la Omnipotente Mano trabajó un día también?

Trabajemos, trabajemos sin desmayar y con fé.

Dios nos dijo: «¡Trabajad!» y el mismo lo supo hacer.

Por eso, mirad, obreros, á ese hogar de Nazareth; que yo en mis horas de lucha no aparto la vista de él.

¿Cuánto en él puede aprenderse, sólomente con tener el corazón en el pecho y en el corazón la fé!

UN OBRERO.

#### EL CATOLICISMO ANTE LOS MODERNOS ERRORES

A los obreros del *Círculo Católico*.

«No hay cosa tan fácil—ha dicho un santo (1)— como engañar al pueblo indocto con la ligereza en el hablar.»

No es preciso aducir pruebas ni citar ejemplos para justificar esa profunda sentencia. Si habéis asistido á un *meeting* ó á una reunión dedicada á los obreros por los propagandistas de todo error, de toda idea disolvente, pernicioso, os habréis convencido de tal verdad.

De mí sé decir que en todas las ocasiones, en todos los momentos en que he oído á esos que se hallan inficionados de los modernos errores, me he acordado del santo que tan bien expresó la maldad de ciertos habladores y el efecto que causa esa maldad en el ánimo de ignorantes y cándidos oyentes.

Porque no hay cosa más fácil, y esto nadie lo duda, que emocionarse á un auditorio poco instruido: háblese muy de prisa, déense unas cuantas puñadas sobre la tribuna de vez en cuando, remóntense los diferentes períodos del discurso esgotando toda la fuerza de los pulmones y diciendo «cosas gordas», tan gordas como falsas, y tan desprovistas de sentido común como bien presentadas en la forma y... ¡h, el disloque, el delirio, casi el *delirium tremens*!

¿Rezonar? ¿Emitir las opiniones después de hacer un análisis meditado y juicioso de ellas? ¿Exponer los hechos según la sana crítica y la lógica deducción que tras de sí llevan? ¿Recrear instruyendo? ¿Para qué, si eso no lo entienden los obreros? ¿Para qué molestarse en esas delicadezas? Además, no conviene á los fines de los que manejan el corvo. La ignorancia de aquellos infelices es terroro muy dispuesto para cultivar en él la semilla del mal, pues con especiales cuidados fructifica de modo maravilloso, y de ahí que, sembrando vientos, puedan recogerse tempestades.

¡Oh, desdichada clase jornalera, que en lugar de aprender el bien, allí donde se presenta con la solemnidad y severa vestidura de la verdad, se extasia y entusiasma ante el aparatoso ropaje con que se engalana el error!

¡Hombres que con los ojos de la cara deseáis ver las cosas á través de la lente múlticollora de la vanidad, ¡por qué no pensáis en que el espíritu rechaza tales bellezas como encubridores del mal?

¿Por qué no comprendéis que el alma tiene también sus ojos y que sus miradas buscan con avidez, no los efectos del talco, de la pintura, de la luz; no la gallardía de la forma que se extingue y muere; sino la belleza real, la hermosura eterna, esa que no se exhibe al mundo atavida y voluptuosa, y sí con la sublimidad pura, lo lamiaculado, lo divino? ¿Solamente el obrero puro, lo lamiaculado, lo divino? ¿Solamente el obrero católico es el que, inspirándose en sentimientos profundamente cristianos, se aparta de la tortuosa senda del error para el di-

(1) San Jerónimo, en su epístola á Nepociano.

girse por el franco y recto camino de la verdad.

El ansia educarse según los sabios principios de la moral más estricta; él quiere conocer los preceptos del Decálogo, suprema ley que dictó el Criador de las almas para hacer á los pueblos felices; él, ese obrero, impulsado por la más pura de las libertades, por la más fiel igualdad, y por la fraternidad más hermosa, ama la libertad del bien y la igualdad y fraternidad que inspiró Cristo. Ama la Religión Católica y odia los engañosos problemas del socialismo y las criminales y desalmadas acciones de la anarquía, porque sabe que el Redentor de la humanidad fué el mismo Dios hecho Hombre, y que los llamados redentores del pueblo no sufren, como Aquél, muerte de cruz, sino que *suelen portarse* como los 40 diputados socialistas del Reichstag alemán (2).

Ninguno de esos perturbadores sistemas, alentados por los que fragran toda maldad en la sombra, han dado un San Juan de Dios, ni un San Vicente Paul; no se sabe que hayan dotado los hospitales de hermanas de la caridad, que en los asilos de pobres y ancianos desamparados se hayan puesto á sufrir impertinencias, que ni por amor de Dios ni por caridad el prójimo, repartan limosnas abundantes, levanten colegios, funden obras benéficas, conviertan salvajes, á precio de su salud y vida, socorran toda desgracia, todo dolor, ni, en fin, hagan cosa alguna de provecho por la humanidad.

Se sabe, sí, que esos que estudian las cuestiones sociológicas, que esos que quieren ser los arregladores del mundo dan nombres como Ravachol, Angiolillo y otros tales, que no sólo han pretendido la ruina y el vilipendio de la sociedad, sino que háense ofrecido á servir de instrumento del mayor de los crímenes, de la más descarada y atrevida de las maldades.

Se extingue el siglo de las luces, y, aunque se han discutido durante él cuestiones de importancia, aunque ha querido emanciparse, á su manera, el obrero, aunque la cuestión social ha evolucionado diferentes veces y con distintos fines y, en fin, aunque se quiere que la luz de la libertad ilumine al mundo... ¡sólo la luz de la fé sigue y seguirá con radiante claridad iluminando la obra del Criador!

CASTOR V. PACHECO.

#### Á SAN JOSÉ

Padre del Verbo en carne concebido, de regia estirpe ilustre descendiente, que, nuevo sol, naciste en el oriente para ser de María el prometido.

Desde el Averno á Satanás rugido oye lanzar horrisono, estridente; y de Cristo á la Esposa, que insolente hundir intenta en cieno, enfurecido.

¡Doquier le tiende maldadados lazos, doquier el odio del impío irrita, doquier su ruina con furor pretende.

Benéfico tu mano Tú le tiende, y del Empireo al Rey le solicita jamás la aparte de sus dulces brazos.

M. R. G. PERMUY.

#### ACUDID Á JOSE

Como un faro, en la mente del que gime su imagen cariñosa se levanta; es la dulce visión plácida y santa; es la ley del trabajo que redime y las almas depura y agiganta.

Del sufrir en las horas angustiosas si retrocede vuestra tibia fé, implorad sus miradas cariñosas, que al borde de esas simas espantosas os salvará José.

No alcanzo con mi rústica armonía á ensalzar su grandeza en mi canción; pero, aunque tosco, en mi cantar le envía una lágrima triste el alma mía, y un suspiro doliente el corazón.

¿Qué han de mandarle los que tristes lloran porque oprimen las penas su vivir? Los ayes de esas almas que le adoran también son preces que su auxilio imploran y el alma nos desgarran el partir.

Si es triste y es obscuro lo presente y es negro y es siniestro lo que fué, erguid conmigo la abatida frente, que no hay duelos ni penas que no ahuyente la mano de José.

Si el alma retrocede, si se humilla porque ya el faro bienhechor no ve, el faro buscando la ignorada orilla, doblad ante su imagen la rodilla, ¡acudid á José!

I. ZALDIVAR.

(2) Estos 40 diputados han permanecido, entre todos, en la cárcel 535 meses. El que ha estado más tiempo preso es Liebknecht, con siete años; á continuación figura Bebel, con cincuenta y siete meses; Prohme, con cuarenta y ocho; Harn con veinticinco, etc., etc.—Del Calendario Obrero para 1900, publicado en Berlín.





